

Otros mundos

RAFAEL L. BARDAJI

Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

EL pasado 12 de octubre se ponía en marcha un ambicioso programa, patrocinado por la NASA, de escuchas pasivas, cuyo objetivo es intentar captar alguna señal artificial de seres inteligentes, que nos alcance desde el espacio exterior.

La elección de la fecha para el inicio de un proyecto de 10 años de duración no es anodina, ni mucho menos. Un 12 de octubre, 500 años atrás en nuestra Historia, Colón descubrió América, en su día el Nuevo Mundo. Que la posibilidad de captar indicios del existir de nuevos mundos más allá de los confines de nuestro exiguo planeta venga de la mano de la hazaña del almirante español, no puede entenderse más que como un pequeño rayo de esperanza.

En cualquier caso, sea cual sea el resultado al que se llegue en esta década que viene, lo que sí es evidente, como decía el poeta Paul Elouard, es que "hay otros mundos, pero están en este". Colón es buena prueba de ello. Como también lo seremos nosotros cuando nuestros hijos y nietos estudien los años que enterraron el viejo orden de postguerra en Europa.

¿UN NUEVO MUNDO?

Cuando los acontecimientos evolucionan de manera vertiginosa, como en la actualidad, es el pensamiento el que, normalmente, se queda retrasado, prisionero de la tradición, la inercia y los viejos esquemas. Así, como sabemos, las implicaciones del descubrimiento de 1492 superaron completamente tanto al pensamiento de Colón, al fin y al cabo, el descubridor, como al de sus coetáneos. No hay por qué desdeñar que en estos momentos seamos presos de las mismas limitaciones mentales y analíticas frente a lo que estamos viendo suceder bajo nuestros ojos.

Efectivamente, en 1989, tras la caída del muro, imaginamos la llegada de un mundo ideal, de paz y cooperación, libre de las tensiones y los miedos sufridos durante los años de guerra fría. Las imágenes del futuro no eran sino la proyección lineal de una idea muy simple: la OTAN, el mundo occidental, el capitalismo, el liberalismo, había triunfado sobre las fuerzas del mal, el comunismo amenazante, sobre el sistema soviético de control político, económico y militar. Y se había vencido sin tener que recurrir al uso de la fuerza, con la constancia y la perseverancia de nuestros esfuerzos defensivos y el éxito económico y social.

El mundo que preveíamos no era otro sino el mundo que queríamos, un mundo libre, rico, tranquilo y estable. Sin embargo, como Sadam Husein, Milosevic, bosnios, croatas, georgianos, osetios, armenios, chechenos, azeríes, kurdos, afganos, somalíes, albaneses y tantos otros se han empeñado en demostrarnos en los últimos meses, una cosa son los deseos y otra, bien distinta, la realidad: el mundo en el que vivimos hoy no es el que queríamos ayer y, sobre todo, no es el que preveíamos 20 meses atrás.

La tentación intelectual más fuerte es la de continuar como si aquí no hubiera pasado nada, o casi nada, ajustándose al cambio con alteraciones meramente cosméticas, pero pensando que el mañana va a ser, más o menos, la prolongación del ayer. Hoy se entiende el fenómeno nacionalista y su explosión violenta en muchas zonas de Europa como reminiscencias del pasado, como la expresión de pasiones congeladas o sometidas desde 1919. Precisamente, como algo superado y caduco, tendría que encontrar una fácil solución a través de aquellos países -y sus instituciones- que ya han dejado atrás esa parte de la historia

humana, el hipernacionalismo. Y sin embargo, ni la OTAN, ni la UEO, ni la CSCE, han sabido, podido o querido poner un límite a la barbarie de las guerras civiles que hoy asolan buena parte de nuestro continente.

Mientras que la OTAN celebraba a bombo y platillo su 40º aniversario, mientras que la UEO se regocijaba de sus operaciones navales en el Golfo, mientras que los miembros de la CSCE rememoraban los grandes cónclaves de los dirigentes europeos, firmando en París una Carta para la Nueva Europa, la realidad era que en esos pocos meses que van desde mediados de 1989 al final de 1992, lo que se estaba produciendo era la muerte del mundo que conocíamos. Sobre todo, eso. Y en menor medida, el despuntar de lo que podría ser el nuevo.

Si por mundo entendemos no la mera existencia de países y pueblos, sino la forma en cómo se relacionan y el carácter de estas relaciones, 1992, 500 años más tarde de la gesta de Cristóbal Colón, el año en que orientamos nuestras antenas hacia otras civilizaciones, puede ser muy bien el primer paso de otro mundo, aquel en el que tendremos que vivir desde ahora.

¿QUE OTRO MUNDO?

Durante casi tres años, los occidentales hemos vivido confortablemente instalados en la expectación, justificándonos en las incertidumbres del momento. No obstante, algunas incógnitas están ya siendo despejadas por el propio paso del tiempo.

En primer lugar, ya sabemos que la guerra fría se terminó con el agotamiento de la preeminencia de las superpotencias en la arena mundial. El caso más evidente es el colapso de la URSS reconvertida en CEI a duras

penas, pero también es aplicable a los EE.UU. Ciertamente, los EE.UU. sólo han perdido su preeminencia en el nivel económico frente a países como Japón y han sufrido una merma de su posición en el comercio mundial mientras que los problemas de la ex-URSS son de carácter estructural, pero ello no disminuye la creciente crisis de identidad que están experimentando los EE.UU., producto, sobre todo, del cúmulo de problemas internos a los que hacer frente, desde la educación o la sanidad, al déficit exterior.

En consecuencia, si los EE.UU. y la ex-URSS conservan una posición destacada en la arena internacional se debe más a su posible papel negativo -la deuda americana y la inestabilidad del dólar en un caso, y el riesgo de guerra civil y de proliferación de armas con un colapso más acentuado en otro- que a sus capacidades para ordenar el mundo a su imagen y semejanza. Se acabó el tiempo de los grandes líderes universales.

En segundo lugar, también se han terminado los días gloriosos de las organizaciones multinacionales nacidas de la guerra fría. Algunas, como el Pacto de Varsovia, han desaparecido por su propia naturaleza. Otras, como la OTAN, la UEO o la CSCE persiguen por todas las cosas su adaptación al nuevo ambiente de la seguridad. En 1989 las palabras mágicas las pronunció Gorbachov, la "casa común europea"; durante 1990 la administración americana luchó por la construcción de una nueva "arquitectura" para Europa. Vana esperanza, pues ningún esquema globalista acabó funcionando. De hecho, hoy las esperanzas se ponen en que la paz, la estabilidad y el orden provengan no de una única institución, tipo CSCE, sino de la existencia de muchas organizaciones y de su cooperativo aunque complejo entramado institucional.

La consecuencia es que ninguna organización tiene garantizado su futuro de una manera clara y que cada una de ellas debe luchar frente a las

otras para ganarse la aceptación pública y política. Producto de esa llamada rivalidad ha sido el consejo de cooperación de la OTAN con los países del Este (usurpando un claro papel de la CSCE) o que dos flotillas de la UEO y la OTAN patrullen en zonas contiguas con idéntica misión: vigilar el tráfico marítimo hacia la antigua Yugoslavia.

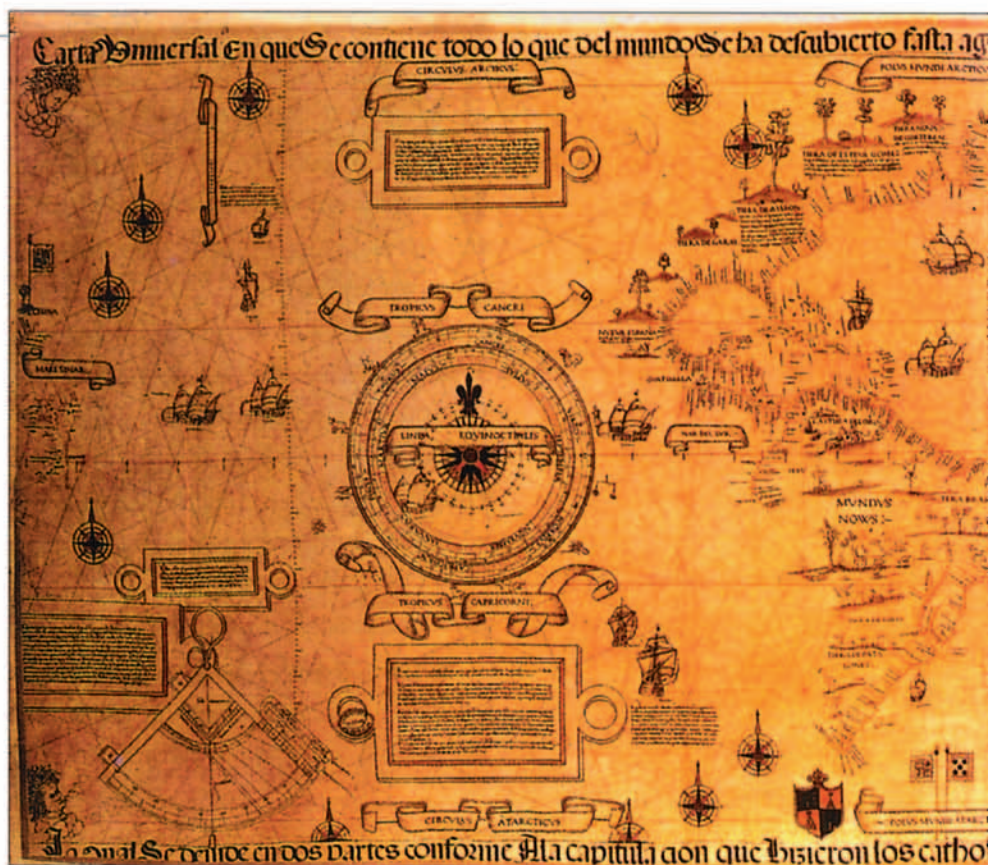
En tercer lugar, el viejo mundo ha enterrado igualmente el peso determinante de lo militar en las relaciones de poder entre las naciones. Hasta 1989 un estado fuerte era aquél que disponía de un numeroso arsenal y unas eficaces fuerzas armadas. Hoy, que un estado sea fuerte no está en función directa de sus capacidades bélicas. Ahí están la CEI o Japón, como ejemplos antagónicos. De hecho, para entender las nuevas jerarquías entre países no se podrá mirar al número de cabezas nucleares o de misiles que las naciones posean, sino, fundamentalmente, a la economía.

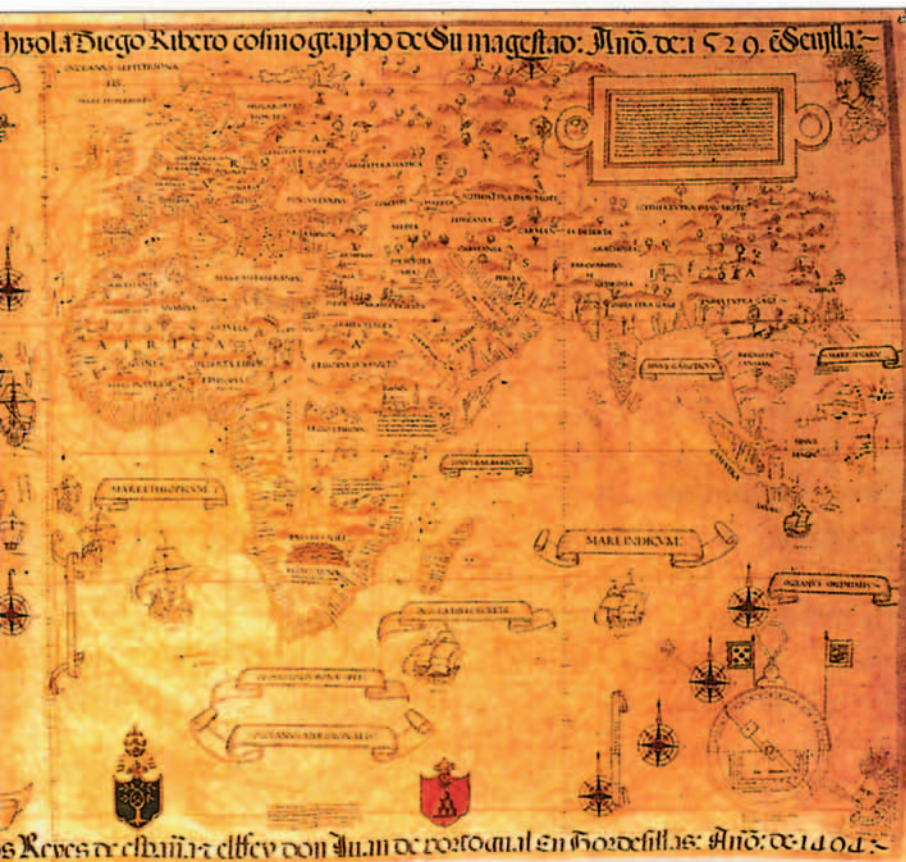
La consecuencia lógica es una creciente desmilitarización de la política internacional y, por derivación, la progresiva disminución de la relevan-

cia concedida a las fuerzas armadas quienes verán disminuir drásticamente sus recursos y quienes tendrán que someterse a una profunda reestructuración. No es lo mismo defenderse del Pacto de Varsovia que intervenir en conflictos limitados o en misiones de mantenimiento de la paz.

En cuarto lugar, la seguridad como una variable del equilibrio militar es una concepción que se ha vuelto también caduca. Hoy la mayor amenaza a la estabilidad internacional no proviene de un claro enemigo externo, sino, por un lado, de las fuerzas domésticas que socaban los fundamentos de los estados débiles, esto es, aquéllos poco homogéneos socialmente o incapaces de producir riqueza y bienestar para su población; por otro, de problemas globales, particularmente todos los relacionados con el ecosistema, la galopante demografía y la pobreza.

De nuevo, una sociedad será tanto más estable cuanto más homogeneidad étnica, cultural, política y económica tenga, cuanto más sentimiento de comunidad se viva y cuanto más autoridad moral se otorgue a sus ins-





Tras el cuarto viaje de Colón, hacia 1500, la concepción geográfica del mundo se acercaba cada vez más a la realidad

tereses nacionales y conjugarlos con la necesidad de coaliciones y alianzas, regionales o globales.

Finalmente, 1992 ha envenenado la vieja y fuerte cohesión entre las naciones. El nuevo orden ha desatado nuevas fuerzas disgregadoras al superar, en gran medida, los factores que obligaban a las naciones a convivir estrechamente unidas. Es más, los estados se encuentran bajo distintas presiones: de una manera directa por un lado, el embate nacionalista, que antepone los conceptos de pueblo y nación al de estado; por otro, el religioso, que prima la comunidad frente al estado nacional. En segundo lugar, y de manera menos clara, el supranacionalismo que va dejando paulatinamente sin competencias a los gobiernos nacionales en favor de órganos centralizadores; igualmente, la fuerte interdependencia económica internacional permite a los estados muy poco margen de maniobra en sus políticas económicas y financieras.

¿A DONDE VAMOS?

En poco más de dos años, la transformación de las relaciones entre los principales actores de la escena internacional no ha podido ser más que indicativa de lo que viene. Vivimos todavía en una fase de transición donde lo viejo se intenta conservar y lo nuevo no se distingue nítidamente, precisamente por ser nuevo.

¿Cuáles pueden ser las fórmulas que adopten los países para relacionarse entre ellos? Alternativas conocidas hay varias, desde un nuevo concierto de naciones a la autoridad global, pasando por una fuerte renacionalización. Que se acabe en una u otra posibilidad depende, en gran medida, de la habilidad de los políticos para dirigirse al futuro que quieren. El problema es que si no se tiene idea de adonde se quiere llegar, serán los propios acontecimientos los que nos conduzcan. Incapaces de darle forma al nuevo mundo, será él quien nos la dé a nosotros. ■

tuciones. De nada vale defender con carros de combate las fronteras de un estado, si es el mismo estado el que se encuentra bajo ataque desde dentro.

En quinto lugar, 1992 deja atrás un orden claramente dominado por los países blancos. Para bien o para mal, el nuevo mundo será cada vez más el mundo de los pobres: en la medida en que factores como el militar se reducen en importancia, elementos como la población vuelven a gozar de peso a la hora de valorar a los países. Y no cabe duda, los occidentales avanzados son sociedades viejas y en progresiva minoría frente a la dinámica demografía de sus vecinos del Sur. Igualmente, ese Sur pobre y desarraigado está produciendo serios avances como factor de riesgo gracias a la acumulación e incorporación de tecnologías militares modernas y sistemas de armas de destrucción masiva.

El problema es que el nuevo conflicto Norte/Sur ni siquiera es claramente un conflicto y para hacerle frente los elementos militares son, aparentemente, de poca utilidad -no hay carro de combate o portaaviones

capaz de cortar la emigración ilegal. Se trata de problemas sociales que afectan socialmente la estabilidad interna de los países, el pobre porque empuja con su condición a la rebelión o a la huida, el rico porque sirve de pararrayos.

En sexto lugar, la pérdida del enemigo soviético ha conllevado una distinta percepción y concepción social del uso de la fuerza militar, de la guerra. En el mundo occidental es palpable: cualquier acción debe encontrar justificación en un marco superior al de los intereses nacionales. El Golfo o ahora Yugoslavia han exigido el paraguas legitimador de las Naciones Unidas. En el Tercer Mundo el proceso se conduce con otra velocidad pero marcha en la misma dirección.

Ahora, que no se piense en la guerra como un instrumento racional, no significa que ésta no exista. Será un problema de los occidentales concretar qué políticas estratégicas y qué fuerzas armadas necesitan para poder responder a una agresión, llegado el caso, más allá de sus propias fronteras, así como evaluar sus propios in-